

DIECISIETE

Son las siete de la tarde y, tras terminar la hora de las visitas, te diriges al lugar que desde hace más de un mes eliges para divagar.

La sala está vacía. Una gran cristalera mira a la calle por donde transcurre la vida de cientos de personas desconocidas. Todo es un continuo camino al infinito.

Es otoño. La danza de las hojas al desprenderse de sus ramas hace mover tus sentidos dibujando pasos de baile repletos de nostalgia. Nostalgia pintada de ocre como los colores de la estación que te han devuelto la vida.

Suspiras. Es hora de volver. El sonido metálico de tus muletas rompe el silencio del camino que te lleva a la habitación. Habitación en la que te encontrarás a tus dos compañeras: Magdalena que, con sus 90 años, siente la vida como un juego de risas e Isabel que, embriagada en vino y huérfana de raíces, construye permanentes castillos en el aire. Tres desconocidas que intercambian vivencias. Tú, la más joven, escuchas, callas, apenas hablas. Conversaciones hospitalarias intensas y vanas que van dejando huella en tu interior.

La temida noche llega. Te acuestas, cierras los ojos e intentas dormir. No es fácil. Los gritos de alguien que sufre no te lo permiten. Pasan las horas y, por fin, el sopor se apodera de ti. Tus sueños se visualizan como fotogramas en blanco y negro: un coche blanco; sonido de tijeras rasgando un pantalón; movimiento al ritmo de una sirena; caras desconocidas vestidas de verde y luego...la nada.

Te despiertas con angustia y, mientras observas los tenues rayos de sol que comienzan a iluminar la mañana, recuerdas...

Naciste, por primera vez, el diecisiete de junio. Renaciste el diecisiete de septiembre. Aquel día, tu vida se giró precipitadamente a la derecha y entre líneas blancas y asfálticas saltaste, ascendiste y caíste brutalmente como una marioneta circense.

Tus diecisiete años adolescentes se desquebrajaron por la mitad. Quien volvió a la vida fue otra joven. Otra joven que despertó en una cama que no era la suya y cuyo rostro no le permitían mirar; otra joven rodeada de tubos y aparatos que mantenía las piernas sujetas a un abismo desconocido; otra joven cuya risa se transformó en lágrimas.

Pero...un día te levantaste tras superar operaciones y terribles dolores. Un fuerte mareo volteó tu cuerpo y el miedo se hizo grande y la esperanza pequeña. Pero lo conseguiste y volviste a caminar; volviste a mirar tu rostro en un espejo y te despojaste de las ataduras que te habían amarrado a una cama que estaba empezando a ser tuya. Comenzaste, de nuevo, a vivir.

Desde entonces, han transcurrido treinta y cuatro años. Es otoño. Las hojas se desprenden de las ramas buscando nuevos paisajes. Caminas por la ciudad sin rumbo fijo inmersa en tus pensamientos. Inopinadamente, te percatas que estás frente al hospital que fue testigo de tu transformación. La cristalera te mira. Estás fuera aunque dentro de ella hay un pasado que pellizca y duele.

Suspiras y decides proseguir tu camino, sin embargo, algo te lo impide. Se trata de un grito mudo que resuena en tus oídos. Buscas su procedencia y te encuentras con una chica que te dice adiós tras el enorme cristal. Durante unos segundos te le quedas mirando, sonrías, levantas la mano y te despides de ella para siempre.